

I T E R  
ENSAYOS

*Alētheia y veritas*



# I T E R

---

## E N S A Y O S

GIUSEPPINA GRAMMATICO

### *Alétheia y veritas*

Este trabajo, que constituye una introducción al Seminario del mismo nombre, se articula en cuatro partes: 1- Reflexiones en voz alta, 2- *Alétheia*, 3- *Veritas y verum*, 4- A modo de conclusión. La primera y cuarta parte son una meditación, introductiva y conclusiva respectivamente, sobre el tema de la verdad; parten de unas consideraciones personales y se extienden hasta alcanzar una visión general del tema tal como se presenta en la sociedad actual. La segunda es una mirada de conjunto al modo de intuir la verdad en Grecia, como descubrimiento del ser de todo lo que es. La tercera, una visión sintética del modo de intuir la, en Roma, en relación con la creencia y la confianza, con lo certero y lo permanente.

En ambos casos, se trata de una definición perfectamente ajustada a la idiosincrasia de los dos pueblos.

**Palabras clave:** *Alétheia, veritas*, verdad interior, asombro, creencia.

### **Alétheia and veritas**

*This paper, which constitutes an introduction to a seminar with the same name, is articulated in four parts: 1.- Reflections aloud, 2.- Alétheia, 3.- Veritas and verum, 4.- As conclusion. The first and fourth parts are a meditation, introductive and conclusive respectively, about the issue of truth. They start from personal considerations and extend until they reach a general vision of the issue as it is presented in present society. The second is a general look at the way of sensing the truth in Greece, as the discovery of self in its entirety. The third, a synthetic vision of the way of sensing it, in Rome, in relation to belief and confidence, with what is certain and permanent.*

*In both cases, we are dealing with a definition which perfectly fits the idiosyncrasy of both peoples.*

**Key words:** *Alétheia, veritas, inner truth, amazement, belief.*



IMAGEN EN PORTADILLA:

Los "cuernos de la consagración". Palacio de Minos. Creta

*Alētheia y veritas*

GIUSEPPINA GRAMMATICO\*  
Universidad Metropolitana  
de Ciencias de la Educación

*I Reflexiones en voz alta*

**M**e he estado interrogando largamente a mí misma sobre esta pregunta. *Quid est Veritas?* Lo único que me aparece claro es que la verdad está ligada indisolublemente a la existencia real de todo lo que es, a su permanencia e inmutabilidad, y a la capacidad humana de pensarlo, contemplarlo, evocarlo; es decir, tiene una vertiente objetiva –lo verdadero puede estar dentro o fuera de quien lo piensa, contempla o evoca– y una subjetiva –si bien su realidad es independiente de ese que lo piensa, contempla o evoca, y solo se revela tras la actividad de su mente, de sus ojos, de su memoria, tanto vuelta hacia el pasado como proyectada hacia el futuro–. Apenas nuestra conciencia de existir despierta, nos miramos alrededor, arriba, abajo, atrás, adelante, y toda una gama de interrogantes se nos presenta. Las cosas y los seres están allí, y nosotros también; cada uno ocupa un lugar determinado en el mundo, pero ¿de dónde venimos y hacia adónde vamos? ¿por qué somos los que somos y no otros? ¿cuál es, en definitiva, nuestra verdad, y la de lo que nos rodea?

Cada vez que intentamos penetrar el ser de la verdad, nos sumergimos en un misterio, pues así es como ella se nos presenta: insondable, esquiva, secreta. Es el mundo de los principios, de las causas y de los fines el que nos interpela y que interpelamos, mas no nos es dado tener certeza acerca de ellos. Nos descubrimos “preguntantes” dentro del gran escenario del universo. Golpeamos puertas, abrimos ventanas, escudriñamos rincones escondidos, y lanzamos al aire nuestros gritos inconexos: ¿qué? ¿para qué?

Resulta evidente que ninguna de esas preguntas podríamos formularnos si no viviéramos, pero ¿coincide la verdad con la vida? Parece más bien que la desborda. Aunque, por cierto, esta última se constituye como su

\* Dra. en Letras Clásicas de la Università degli Studi di Palermo, Italia. Directora del Centro de Estudios Clásicos, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (ggramma@umce.cl).

eslabón primero. Y no estamos hablando de la vida “a secas”, sino de la vida consciente, intelectual y también intuitiva. Llegados a este punto otra aprehensión nos inquieta. ¿Cómo podemos, desde esta vida nuestra tan huidiza y breve, asomarnos a una Verdad que se extiende ilimitadamente en todas las direcciones y en todas las dimensiones, más allá del espacio y del tiempo? ¿Cómo hacerlo, si ella, nuestra vida, está en todo momento sitiada por la muerte? ¿Es más cuerdo hablar de verdad o de verdades? –La verdad del mito y la de la ciencia, la de la poesía y la de la filosofía, la de la economía y la de la política, la de lo humano y la de lo divino que lo rige. Abarcando lo relativo y lo absoluto, lo “del todo separado” y lo “del todo unido”, lo “siente” y lo “escible”, el abismo de todos los abismos, y la cumbre de todas las cumbres–. Es difícil decidirlo.

Extrañamente, remitiendo la Verdad a lo que es y se despliega ante el sujeto, y siendo, ya sea ese sujeto ya sea eso que es y lo rodea, ambos limitados y efímeros, ella pertenece al “siempre”. El hombre, cuya vida discurre en el aquí y ahora, puede pensar el siempre; hay más, es el único que puede pensarlo –con excepción, claro está, del dios que *es* ese siempre–. Así, la pregunta en cuestión no puede concebirse sino formulada por un ser humano; y por otro lado, desborda la capacidad intelectual y quizás también la intuitiva de cualquier ser humano.

Esta es la razón por la cual, habiendo sido formulada desde tiempos inmemorables, sigue inquietándonos y se muestra cada vez más actual y cada vez más difícil de contestar. La *tekhne* del hombre moderno, para dar un ejemplo, está llenando el mundo de entes transgénicos que, manteniendo la apariencia de su verdad, la ajustan a sus deseos o a sus presuntas necesidades, modificándola en distintos grados y modalidades, sin saber a ciencia cierta si esa transformación afecta –y en qué proporción lo afecta– a su ADN original. ¿Y qué decir de las famosas “clonaciones”? Estamos construyendo simulacros de verdad, llegando a obedecer la simulación a una suerte de necesidad sin sentido, que quizás pronto produzca efectos indeseados e irreversibles. En otras palabras –y sin afán de querer ser apocalípticos–, estamos edificando un mundo sobre lo falso.

Esto que parece bastante poco atinado, no es sino la consecuencia de una actitud irreverente, para decir lo menos, hacia la verdad del ser, o, lo que es lo mismo, hacia el ser verdadero; actitud que ya desde mucho tiempo el hombre ha adoptado en nombre de una malentendida libertad e independencia y de una poco sensata no aceptación de sus límites, de un afán de transgresión algo infantil y por cierto absurdo. Diríase que la verdad lo indigesta. Empezando por él mismo, ha intentado convencerse de poder hacer de sí un ser absoluto, autosuficiente, sin vínculo alguno que

ponga en peligro su autonomía. Pero ¿quién es? ¿quiénes somos? ¿cuál es nuestra verdad dentro de esa ficción? ¿cuál es nuestro “siempre” dentro de ese “ahora” que, mintiéndonos a nosotros mismos, nos afanamos en edificar sobre la arena? Interrogantes, estas, que se agolpan en mis adentros y para las cuales no encuentro respuesta.

Por esto, me parece cuerdo re-andar lo andado, devanando la madeja de la vida y de la historia, pues me asalta la duda de que la farándula de los avances modernos nos va impidiendo cada día más quedarnos a solas con aquellos que confusamente intuyo como los únicos asuntos que nos conciernen de veras, los únicos que nos atañen en cuanto seres humanos pensantes que somos. Estamos en lo cierto cuando intuimos que, al situarnos con extrema sinceridad entre la memoria y la esperanza, podremos esclarecer esa que los antiguos griegos definían como “visión inteligible” de la verdad externa a nosotros y de aquella que nosotros mismos llamamos “verdad interior”.

Interrogar las palabras que en los orígenes del pensar humano nombraron la verdad, puede ser un saludable ejercicio, y sin duda nos ayudará a borrar las innumerables capas de “parencias” que poco a poco han ido opacando esa primerísima intuición. Esta se remonta a un tiempo en que el hombre no tenía más instrumentos que sus sentidos físicos y suprafísicos, y más medios de representación que las palabras que asomaban en sus labios como venidas de extremas lejanías o de insondables cercanías, e intentaban modelar el rostro del ser.

## II Alétheia

**A**létheia es la primera de estas palabras, la griega, y responde al estupor que los helenos sintieron ante la verdad de las cosas, una verdad que se develaba en circunstancias extraordinarias, que las instalaban en lo sacro y en lo absoluto sin sacarlas de su entorno, sin desgajarlas de su “geología” natural o intelectual. La vida es una sucesión de momentos, y cada uno es un descubrimiento. Atento ante el despliegue de tantas maravillas, el hombre griego las nombra una tras otras, sorprendiéndose y sorprendiéndonos con su “léxico del asombro”. En esta actividad *poiética* se resume su participación en la instauración del ser. Estar en la verdad es estar en la luz; decir la verdad es sacarla del olvido del ser, ese olvido que opaca su brillo dejándolo en la zona de sombra en que yace lo que no es, y que no puede por tanto ser admirado, ser celebrado, ser “atrapado” en su ser siendo.

El hombre puede hacer todo esto porque es capaz de captar las fases de ese proceso que reúne en el ahora de la cosa los ribetes de eternidad que la salvan del “dejar de ser” al menos durante el instante, efímero y a la vez imperecedero, en que sus ojos la contemplan. Nombrar la cosa es hacerse

responsable de ella en todos y cada uno de los momentos del proceso que la consagra como “lo que es, lo que será y lo que fue”. Emergencia latente que su pensar, su admirar, su rememorar instala en una presencia que sabe a prodigio conservando la carga sacra de su ser. Diríamos que *alêtheia* es a la vez *mythos*, *epos*, *melos* y *logos*, o sea, palabra mítica, épica, lírica y filosófica. Suele ocultarse, mas, si logramos descubrirla, deja entrever su propiedad de relato sacro, despliega lo epopéyico de ese relato, lo entona como himno de alabanza, y articula una meditación sobre su ilación profunda. El hombre en su cotidianidad apenas sospecha el tesoro oculto en ella.

## II, 1

Homero usa, para expresar el “decir lo verdadero”, el verbo *mythéomai*<sup>1</sup>, que es un develar la santidad del *mythos* que encierra en sus adentros. Evocando lo *eteón*<sup>2</sup>, en su acepción de veracidad, *mythos* es la palabra auténtica que sale del corazón y no está envuelta en tortuosidades; es directa y sencilla, la ambigüedad no la empaña. Cuando en la rapsodia 24 de la *Iliada*, Homero canta el fin de la cólera de Aquiles, muestra al joven héroe contemplando admirado la nobleza y majestad del anciano Príamo y escuchando su *mythos* en pos de un estupor y una emoción que operan la catarsis. Solo la verdad tiene el poder de remover las capas de tiniebla que la humana locura se obstina en depositar sobre los ojos enceguecidos, impidiendo que la forma eterna del ser se les devele en toda su lozanía. El *mythéisthai* despierta la maravilla: los oídos se hacen templo, los ojos espejo, y la forma se viste de su esplendencia originaria.

## II, 2

Hesíodo, en su *Teogonía*, pone la palabra *alêtheia* en boca de las Musas que se le aparecen en la idílica quietud del monte Helicon donde apacienta a sus ovejas, enseñándole las dos categorías que ubican a los hombres en los dos ámbitos de lo *véntrico* y de lo *músico*, conforme a su natural tendencia hacia lo más bajo o lo más alto, la nocturnidad o la diurnidad del ser. Hablando de sí mismas, ellas le revelan que pueden decir mentiras semejantes a verdades –imágenes, fantasías, bellas ficciones que cautivan el alma de quienes las escuchan–, pero que saben, si quieren, decir cosas verdaderas, *etétyma*. Para enseñarle un ejemplo de esa Verdad, entonan el himno de lo que fue en el origen y que será en el futuro, enuncian la palabra celebrante que despliega en el siempre-ahora su *ser-siendo*; y le invitan a hacer de eso el objeto primero de su canto. La Verdad es, pues,

<sup>1</sup> *Odisea* 11, 507: *pasan alêtheian mytheis-thai*.

<sup>2</sup> *Eteón*, “verdadero, bueno”, procede pro-

bablemente de la raíz + *s-e-to*, del sánscrito *satya*, verdadero, derivado del participio del verbo ser, pero la hipótesis es objetable.

ya hacia el siglo VII antes de Cristo, “lo primigenio”, que está colmado de toda la sacralidad de los comienzos. Su revelación supone una *condicio sine qua non*, la buena disposición y apertura, el querer de la voluntad. Para saber la verdad y decirla, hay que quererla y querer comunicarla. Y por otro lado, quien la escucha debe, a su vez, estar atento y bien dispuesto, debe quererla y desear acogerla. Ahora bien, no se puede querer algo que no se conoce. Las Musas *pueden* porque, por su misma naturaleza, están todas ellas “tendidas” hacia la verdad como las cuerdas de un arpa invisible: en esa “tensión” con-siste su ser. Y Hesíodo, el pastor-poeta, *puede* porque su corazón limpio y ardiente la intuye y adhiere a ella sin reservas.

### II, 3

**H**eráclito en su fragmento 26DK dice que es solo en el “espacio del Buen pensar”, *euphronē* –la gran noche de la muerte–, donde el hombre puede, cerrados los ojos a las múltiples lisonjas de los *phainόμενα*, “conectarse con la luz” y hacer experiencia de *lo que es*, “en su verdad”. Una conexión, una simple toma de corriente. Hay que estar dispuestos a quemar los cables, a exponerse al cortocircuito del espíritu, si se quiere hacer experiencia de lo verdadero. Sorprendida en su “emergencia”, esa verdad, *physis*, que es propia de todo lo real, ama ocultarse y parece desafiar en cada instante al hombre a atreverse a iniciar su descubrimiento. Conjuga ascenso y declinación, *anatolē* y *dysis*, y señala el camino, *hodós*, que conduce al Ser, llámese este *Logos*, *Sophón*, *Eón*, o más directamente *Theós*.

### II, 4

**U**no que se atreve es el *kouros* del proemio del poema de Parménides, que va a recibir el *mythos* de la diosa porque es ya, de algún modo, sabedor de lo que contiene, y con su arrojo se anticipa a la revelación. No deja de sorprender esta *condicio*, que es casi una paradoja: ¿por qué enfrentar los riesgos de una *hodós* llena de obstáculos, si se es ya de algún modo conocedor de lo que esplende al final de la trayectoria? Y por otro lado, ¿por qué eso que está junto a la meta y espera, no nos muestra su rostro si no nos lanzamos en pos de él con toda la pasión de un alma apasionada y anhelante? Sin ello estamos condenados a permanecer relegados en un mundo de falsedades y de ficciones, y a creer, en nuestra insensatez, que se trata de auténticas verdades.

Para indicar la acción de “decir lo verdadero”, utiliza Parménides el verbo *mythéomai*, el mismo que encontramos en Homero. En el poema, escondido tras la imagen del *eidōs phōs*, el hombre que sabe, el *kouros* emprende el viaje que lo conducirá a la morada de la diosa. Es ella quien posee la clave secreta. Amablemente, pero con firmeza, le dice que es

necesario que él explore tanto “el corazón incommovible de la Verdad bien redonda” como “las opiniones de los mortales, en las cuales no hay convicción verdadera”. Y tras este anuncio, puesto que ella misma es la Verdad, lo pone al tanto del camino a seguir. Todo, a lo largo del relato, parece ser un tablero de señas destinadas a iniciar al joven en el misterio del Ser verdadero. Las señas constituyen pistas certeras y le van develando, una tras otra, sus múltiples facetas. El Ser no nace ni perece, no tiene comienzo ni fin, es entero, erguido, perfecto; el suyo es un asombroso “ahora-siempre”: es “todo-junto”, uno y continuo. Es indivisible, siempre igual a sí mismo, enteramente colmado en su plenitud, inmóvil, inviolado y soberano; permanece fijo dentro de los límites a que lo constriñen grandes cadenas. Los mismos rasgos que el Ser tiene la Verdad. En cuando a las cosas y a los entes, todos están llenos de luz y de noche, y la mente humana se ordena de acuerdo con la mezcla de ambos elementos y a sus proporciones, pues en el hombre “lo más es pensamiento”. Y es a través del pensamiento que él tiene acceso a la Verdad.

## II, 5

Platón en el *Fedro* (247c-249d) nos introduce en la “llanura de la Verdad”, ὁ τῆς ἀληθείας λείμων, y la describe, cuando relata el mito del alma, mediante la alegoría del carruaje llevado por dos caballos y conducido por un auriga. Allí la Verdad es una realidad visible únicamente por el entendimiento, que él llama “piloto del alma”, ψυχῆς κυβερνήτης, sosteniendo que *es* de una manera real y constituye el objeto del saber verdadero. El alma pura se nutre contemplándola, θεωροῦσα, y en ello se regocija, pues es, la θεωρία, la más sublime de las acciones humanas. Las otras almas apenas logran tener un atisbo de ella, debido a la rebeldía de sus caballos y a la inexperiencia de sus aurigas. Es, pues, la Verdad, algo muy concreto y, por así decir, comestible y bebible, pero sacro, como la ambrosía y el néctar que alimentan a los dioses. Así la entendió también Jesús, la Palabra hecha carne, ofreciéndose a sí mismo en el banquete eucarístico para que tuviéramos vida y vida en abundancia. Nosotros, en nuestro afán de abstracción simbólica o alegórica, la hemos desmaterializado situándola en la extrema lejanía de lo “escible”, y por eso nos resulta siempre más difícil gustar de ella. Platón encuentra aquí expresiones de incomparable profundidad y belleza para develarnos la esencia y casi la sustancia de la verdad, el pasto adecuado para la parte mejor del alma, con el cual ella nutre la naturaleza del ala que la aligera.

## II, 6

Aristóteles, que aborda el argumento que nos ocupa en su *Metafísica*<sup>3</sup>, denomina a la filosofía “ciencia de la Verdad”, y aclara que “según la

categoría que tenga una cosa en el orden del Ser, tal es la que tiene en el orden de la Verdad”. De ahí se desprende que, como ya había anticipado Parménides, “el *Ser* es lo verdadero y el *No Ser* es lo falso”. La Verdad viene así a identificarse con Dios, quien, siendo el único que posee la plenitud del ser, es también “lo sumo verdadero”. En un hermoso fragmento del *Eudemo*, se explaya sobre el tema adentrándose en una meditación casi lírica que nos sorprende en un espíritu racional como el suyo. Dice así:

“La intelección de lo inteligible, puro y simple, brillando como un relámpago a través del alma, permite alguna vez tocarlo y admirarlo...; y quienes sobrepasan con el pensamiento estos confusos y variados objetos de opinión, lánzase a aquello primero y simple e inmaterial, y tocándolo en su verdad, como en una iniciación de los misterios, creen haber alcanzado el fin de la filosofía”<sup>4</sup>.

Aquí la verdad y lo divino se asimilan y coinciden: “solo al divino ojo del alma le es dado comprender lo divino”.

## II, 7

**Y** la gloriosa Hélade continúa su camino en búsqueda de la *alétheia*. A cada paso, otro velo desaparece, otra capa de opacidad es arrancada del cuerpo de la bella deidad que permanece sin embargo lejana, esquiva, inalcanzable. Resiste al embate de los poetas líricos y de los trágicos –Simónides y Píndaro; Esquilo, Sófocles y Eurípides–; y al de los últimos filósofos –Cleantes y Epicuro; Plotino, Epicteto y Marco Aurelio–, que intentan cada uno llegar a ella por sendas distintas y con distintos grados de aproximación. La distancia, sin embargo, sigue siendo infinita. La resume Leonidas de Tarento en su poema más triste y más hermoso, que aquí parafraseo:

“...Un punto, en el tiempo infinito, o si algo hay más pequeño que un punto, es tu vida, ¡hombre!; y tan odiosa y oscura como el esqueleto de una araña. Un gusano, sentado al otro lado del hilo, engulle las horas que entretejen su trama. Mas tú que día tras día te buscas a ti mismo, ¡vive con pensamientos ligeros! Solo no olvides de qué paja estás hecho”<sup>5</sup>.

## III *Veritas y verum*

**L**uego la pregunta pasa de Grecia a Roma, y la *alétheia* deviene *veritas*. Y antes de aflorar en los labios de Jesús, agujijonea a los espíritus

<sup>3</sup> II,1; IV, 5-6; IV, 8; IX, 10; XII,7

<sup>5</sup> Epigrama VII, 472.

<sup>4</sup> *Aristotelis Fragmenta*, ed. Rose, fr. 37.

más alertados de la *res publica* y de los primeros años del imperio. *Quid est veritas?* Roma no pensó la Verdad como desocultamiento del Ser. Su espíritu práctico, anclado a lo real concreto, la enrielló en el ámbito de la *fides* y del *foedus*, del creer y del confiar, acercándose, más que a la helénica, a la visión hebraica del *emunah*. Necesitaba certezas. La relación lingüística *verum-verbum*, verdad-palabra, no deja de ser significativa; continúa y actualiza la que Grecia ya había vislumbrado: *rētra/rēma-ergon*<sup>6</sup>. Así el *verum* romano es lo permanente y está enraizado en la seguridad de que eso que llamamos verdadero es “lo que habrá de cumplirse”, y es necesario que sea así. Gracias a la palabra dada y pedida, es posible establecer una relación entre la verdad de lo real y la verdad de los signos, entendida como propiedad de ciertos enunciados<sup>7</sup>. Recordemos que ya en Aristóteles estaba presente la concepción semántica de la verdad como una especie de “conveniencia” o correspondencia de signos con signos, pensamientos con pensamientos, conceptos con conceptos, realidades con realidades; y como adecuación de una determinada serie de signos, pensamientos y conceptos con algo real y por ende verdadero. El *verum* se construye a partir de un pacto, una alianza basada sobre una palabra auténtica, veraz y confiable; se proyecta hacia el futuro e involucra a las partes en causa, personas humanas y divinas, que se comprometen en realizarla en plena fidelidad a lo prometido. Los romanos saben que es insuficiente la expresión verbal: *veritatem dicere*, si ese decir no tiene como contraparte obligada el hacer congruente: *veritatem facere*. Entre el decir y el hacer se teje y desteje el hilo de la vida.

### III, 1

Cicerón hace coincidir el *verum* con el *rectum*, llama a todos los hombres a ser amigos de la verdad y enemigos del engaño, y exige a los sabios ser *veritatis et virtutis magistri*<sup>8</sup>. Es por esa verdad que se llama inmutables a las cosas que son, fueron y serán<sup>9</sup>. Su fuerza intrínseca deslumbra al gran orador: *O magna vis veritatis!*, declama con pasión<sup>10</sup>; y no se cansa de repetir: *exploranda est veritas*<sup>11</sup>, *consule veritatem*<sup>12</sup>. Es un deber, para el hombre, ver qué es en cada cosa lo cierto<sup>13</sup>, y distinguir entre lo recto y lo torcido como entre lo verdadero y lo falso<sup>14</sup>, porque lo que es recto es

<sup>6</sup> *Verbum* (+*wer-dh-*) identifica, más allá del ámbito gramatical, la palabra jurídica o religiosa, significativa, formulaica (cfr. griego: *rhētra*, palabra que ratifica un acuerdo: sánscrito *vratam*, prescripción; ruso *rotá*, juramento; umbro, verbale, fórmula ritual de consagración), y el hacer que de su enunciación se deriva (cfr. En griego, *eirō* y *rezō*, decir la fórmula, y *ergon*, obra), que se sitúa en la esfera de lo verdadero, lo legítimo, lo sacro (*hierá erdein*).

<sup>7</sup> CICERÓN, *Or.* 34,121: *res facit controver-*

*siam aut de vero aut de recto aut de nomine.*

<sup>8</sup> *Rep.* 3,3,4.

<sup>9</sup> *Inv.* 2,53,162: *per quam immutata ea quae sunt aut ante fuerunt aut futura sunt, dicuntur.*

<sup>10</sup> *Cael.* 26,63.

<sup>11</sup> *Phae.* 3,10,5.

<sup>12</sup> *Or.* 48,159.

<sup>13</sup> *Off.* 2,5,18: *perspicere quid in quaque re verum sincerumque sit.*

<sup>14</sup> *Ac.* 2,11,33: *interesse oportet ut inter rectum et pravum, sic inter verum et falsum.*

también verdadero<sup>15</sup>. En el Sueño de Escipión, al final del sexto libro de la *República*, Cicerón pone en boca del Africano una hermosa descripción de la verdad que espera al hombre recto después de la muerte, algo tan bello que el joven que lo escucha se pregunta por qué no le es lícito acortar el plazo que lo separa del momento en que le será concedido contemplar con sus propios ojos tanta maravilla. No lo es, sin embargo, pues debe antes cumplir con su misión de ciudadano.

El lenguaje de la verdad es simple y directo<sup>16</sup>. Ella deslumbra y cautiva, ejerciendo sobre el alma una suerte de encantamiento que hace que las miserias y pequeñeces humanas queden decididamente relegadas en un segundo plano. Se deja atrás las cosas que están sujetas a mutaciones, y se “predica” de aquellas que son siempre iguales a sí mismas y perfectas. Su fuerza intrínseca hace que fácilmente se defienda por sí misma<sup>17</sup>, fundándose en su propio y legítimo derecho.

### III, 2

En Virgilio, en el libro sexto de la *Eneida*, la develación de la verdad está en boca de la Sibila, que conoce con antelación los designios del destino<sup>18</sup>, y que, en su lenguaje enigmático, mezcla lo luminoso con lo oscuro<sup>19</sup>; está en la boca de Apolo, el dios que la inspira y abre para ella la visión de lo que será<sup>20</sup>; y también en la de Anquises, que devela a Eneas el destino de las almas que se agolpan en las riberas del río Lete<sup>21</sup> y el de las glorias futuras del linaje dardanio<sup>22</sup>. Y es una verdad que deja huellas. Sobre ella se construye y en ella se resume la historia de Roma.

Los poetas satíricos saben lo difícil que es para el hombre actuar conforme a la verdad, y no vacilan en lanzar sus dardos contra sus víctimas, casi siempre con una mueca de complicidad. Persio ironiza sobre los “tiernos” oídos que se sienten afectados por su aspereza<sup>23</sup>. Y Horacio se pregunta maliciosamente: “¿Qué es lo que impide decir la verdad sonriendo?”<sup>24</sup> Un filósofo, Séneca, medita sobre esta verdad grabada desde siempre en el corazón del hombre, puerto tranquilo donde es bueno anclar nuestra embarcación amenazada por tantos peligros y siempre errabunda entre Escila y Caribdis. La verdad –afirma– es siempre igual a sí misma<sup>25</sup>. Nadie puede ser llamado feliz, si no está todo tendido hacia ella<sup>26</sup>.

<sup>15</sup> *Leg.* 2,5,11: *quod est rectum, verum quoque est*; y *Tusc.* 3,27,64: *omnia recta, vera.*

<sup>16</sup> *Or.* 1,53,229: *simples ratio veritatis.*

<sup>17</sup> *Cael.* 26,63: *facile se per se ipsa defendat.*

<sup>18</sup> v. 66: *praescia ventura.*

<sup>19</sup> v.100: *obscuris vera involvens.*

<sup>20</sup> v.12: *Delius inspirat vates aperitque futura.*

<sup>21</sup> vv.713-751.

<sup>22</sup> vv.756-887.

<sup>23</sup> PERSIO, 1,107: *teneras auricolas mordaci radere vero.*

<sup>24</sup> *Quid vetat ridentem dicere verum?*

<sup>25</sup> SÉNECA, *Ep.* 79, 18: *veritas in omnem partem sui eadem est.*

<sup>26</sup> SÉNECA, *Vit. Beat.*: *beatus dici nemo potest extra veritatem proiectus.*

## III, 3

Es el Evangelio de San Juan, sin embargo, el que nos da de la Verdad (*Alêtheia* y *Veritas*) la definición más sublime. Ni podía ser de otra manera, pues a Juan le ha tocado el privilegio de ser el discípulo predilecto de Jesús. La verdad no es otra cosa que la sabiduría, el pensamiento, el verbo de Dios: es Jesús mismo, su Hijo bien amado, la luz que resplandece en las tinieblas. Quien opera según la verdad, se acerca a la luz<sup>27</sup> para que sean manifiestas sus obras. Jesús asegura a sus más cercanos: “Si perseveráis en mis enseñanzas, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libre”<sup>28</sup>. Ser perseverante es, pues, el requisito obligado. Lamentablemente para nosotros los hombres es tan difícil ese “permanecer”; estamos siempre volviéndonos de un lado al otro, inquietos, esclavos de un constante desasosiego. Nos decimos “discípulos”, pero ese “verdaderamente” nos queda grande. ¡Somos tan volubles! No es de extrañar el hecho de que no tengamos acceso al conocimiento de lo verdadero, y quedemos atados a las cadenas de una servidumbre a la que nuestros impulsos incontrolados nos arrastran sin piedad. Entristecido por la poca fe de los que lo rodean –y por cierto también por la nuestra–, Jesús prosigue: “No me creéis, y os digo la verdad... Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?”<sup>29</sup> El impacto de su *veritas* tropieza contra la tibieza de nuestra fe. Erige esta una barrera, invisible, pero maciza e inexpugnable, delante de aquella, y necesitaríamos de mucha fuerza para superarla, una fuerza que no tenemos, y tampoco nos esforzamos por tener.

A Pilato, ante el cual ha sido llevado para que lo condene a muerte, Jesús dice con firmeza: “Por esto he nacido, y por esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que está por la verdad, escucha mi voz”<sup>30</sup>. Dar testimonio, ser testigo de la verdad: tarea maravillosa que solo puede cumplir quien la ha contemplado cara a cara y la conoce; y que solo puede contemplar quien permanece atento a su revelación. Es este quien la lleva dentro de sí. Una atención endeble y no comprometida hace que no nos llegue la voz clara y firme del Maestro, así como a los muchos distraídos auditores, los οἱ πολλοί, del texto heraclíteo no les llegaba, no podía llegarles, la voz del *Logos*. Extrañado por esa insistencia suya en decirse portador de la verdad, pregunta a él Pilato: *Quid est Veritas?*<sup>31</sup> Jesús no responde. No era necesario. Había ya dicho de sí mismo con claridad meridiana: “Yo soy la vía, la verdad y la vida; nadie va al Padre sino por mí”<sup>32</sup>. También había hablado del Espíritu de Verdad, que vendría

<sup>27</sup> JUAN, 3,2: *Qui autem facit veritatem, venit ad lucem.*

<sup>28</sup> 8, 31-32: *Si vos manseritis in sermone meo, vere discipuli mei estis, et cognoscetis veritatem et veritas liberabit vos.*

<sup>29</sup> 8, 45-46: *Ego autem si veritatem dico, non creditis mihi. ...Si veritatem dico, quare vos non*

*creditis mihi?*

<sup>30</sup> 18,37: *Ego in hoc natus sum. Ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati: omnis qui est ex veritate, audit meam vocem.*

<sup>31</sup> 18,38.

<sup>32</sup> 14,6: *Ego sum via et veritas et vita; nemo venit ad Patrem nisi per me.*

al mundo para permitir a los hombres penetrar *in omnem veritatem*; y en una espléndida plegaria al Padre le había confiado a los suyos diciéndole: “Yo les di tu palabra. Santificalos en la verdad; tu palabra es la verdad y es por ellos que yo santifico a mí mismo, para que sean ellos también santificados en la verdad” (*ut sint et ipsi sanctificati in veritate*, ἵνα ὡσιν καὶ αὐτοὶ ἐν ἀληθείᾳ)<sup>33</sup>. Nuestra tarea es descubrir el sentido profundo de esa expresión: hacernos santos en la verdad que es Dios, consagrarnos a ella enteramente. Jesús se hizo él mismo vía para que no vaciláramos en el andar, pero también nos advirtió de lo áspero del camino, para que no desfalleciéramos a la primera dificultad.

### III, 4

Bellísimas páginas sobre la Verdad se escribieron en los siglos sucesivos. San Agustín, en particular, hizo hincapié en la verdad interior. Bastará aquí recordar su muy célebre: *Noli foras ire, in te ipso redi, in interiore hominis habitat veritas*, “No quieras ir fuera; vuélvete a ti mismo; en el hombre interior habita la verdad”<sup>34</sup>. Texto precioso, que más adelante continúa: “Mírala como la armonía superior posible, y vive en conformidad con ella. Confiesa que tú no eres la verdad, pues ella no se busca a sí misma, mientras que tú buscándola viniste a ella...”. En otro texto, igualmente significativo<sup>35</sup>; Agustín explica: “Cuando se trata de lo que percibimos con la mente, esto es, con el entendimiento y la razón, hablamos de lo que advertimos que está presente en la luz interior de la verdad, con la que está iluminando y de la cual goza el que se dice hombre interior...”. Y en otro más<sup>36</sup>: “Bástenos saber con certeza que el hombre puede pensar en la naturaleza de su alma y encontrar lo verdadero, pero en sí mismo, no en otra parte”. Finalmente, la definición que hallamos en los *Soliloquios* y en *De vera religione* no deja ni un solo margen de duda: Verdadero es, para Agustín, simplemente “lo que es” o “aquello por lo cual, lo que es, se manifieste”.

### III, 5

En Santo Tomás la verdad es, como en Aristóteles, *adaequatio*, adecuación de la cosa al intelecto y del intelecto a la cosa, correspondencia entre una serie determinada de signos, pensamientos y conceptos y una gama igualmente determinada de hechos reales. De esta adecuación o conformidad se sigue el conocimiento de la cosa. “De este modo, por tanto, la entidad de la cosa precede a la noción de la verdad; el conocimiento, en

<sup>33</sup> 17,17 y 19: *Sanctifica eos in veritate; sermo tuus veritas est ...et pro eis ego sanctifico meipsum, ut sint et ipsi sanctificati in veritate.*

<sup>34</sup> *De vera religione*, 39, 72.

<sup>35</sup> *De magistro*, 12, 40.

<sup>36</sup> *De Trinitate*, 14, 8.

cambio, es un efecto de la verdad”<sup>37</sup>. El santo se explaya sobre el tema más ampliamente más adelante: “La verdad está en el intelecto y en el sentido, pero no del mismo modo... En el intelecto está en cuanto sigue al acto del intelecto, y en cuanto es conocida por él. Sigue al acto del intelecto, conforme al juicio que éste concibe acerca de la cosa en su ser. Es conocida por el intelecto, en cuanto éste vuelve sobre su acto no solo según lo conoce, sino según conoce la conformidad de éste a la cosa... En cambio, está en el sentido como consecuencia de su acto, ...no en cuanto conocida por él. ...Aunque el sentido conozca que siente, no conoce, en efecto, su propia naturaleza, ni tampoco, por consiguiente, la naturaleza de su acto, ni su adecuación a la cosa, ni, por tanto, su verdad”<sup>38</sup>. Las sustancias intelectuales al conocer su propia esencia vuelven sobre ella de manera completa, mientras que las sensibles apenas comienzan a volverse hacia sí; y este volverse no puede completarse en cuanto no conocen su esencia. Esa es la razón por la cual el acceso a la verdad plena les es vetado.

De estas reflexiones brevemente sintetizadas, podemos inferir hasta qué punto el tema de la verdad y de su conocimiento apasionó a los más lúcidos espíritus medievales, y cuán adentro ellos llegaron en su penetración.

#### *IV A modo de conclusión*

**V**olvamos ahora del pasado al presente, a nuestro presente. Una exigencia de verdad, a la vez biológica y espiritual, se manifiesta en toda nuestra existencia. Es como si el “siempre” que llevamos encerrado en nuestro “ahora” nos apremie para que le dejemos más espacio, permitiéndole moverse más libremente dentro de la angostura de nuestras coordenadas o de nuestros contornos. Se nos escapa la extraordinaria dignidad de sentirnos, limitados cuales somos, portadores del ser, de todo el ser en su ilimitada verdad. ¿Cómo asumimos esa responsabilidad? ¿Cuál es, cuáles son hoy nuestras verdades? El balance definitivamente no parece alentador. La columna de nuestro “haber” está repleta de datos negativos que muestran nuestra tendencia a dejarnos atraer por aquello que podríamos denominar “el polo nocturno del ser”. La falsedad nos envuelve y caemos en sus redes antes de que empecemos a tener conciencia de ello. Mencionaré aquí algunos de esos datos.

#### *IV, 1*

Primero:

– la pro-fanidad. En nombre de una presunta libertad nos ufamamos hoy de ser *pro-fani*, de no mezclar la fe con la vida. Esto nos mantiene

<sup>37</sup> *Quaestiones disputatae de Veritate*, q.1, a.1 in c.      <sup>38</sup> *Ibidem*, q.1, a.9 in c.

perennemente en el umbral, vetándonos el acceso al esplendor de la verdad que se muestra en plenitud, en la celda más secreta del *fanum*.

Le siguen:

- la indiferencia, que entorpece nuestros impulsos vitales;
- la primacía de lo “vétrico”, que nos instala en las regiones inferiores de la animalidad inconsciente;
- la carencia de valores, que nos transforma paulatinamente en “minusválidos del espíritu”.

Cuando nos percatamos de las consecuencias es, en general, demasiado tarde.

Urge reestablecer el equilibrio. ¿Qué nos corresponde hacer en estas circunstancias?

En primer lugar,

– recuperar la dimensión de lo sacro, enderezando el timón que amenaza dejar que nuestro barco vaya a la deriva. Lo sacro es nuestra brújula: ilumina y orienta lo humano y fija la línea de demarcación con los eslabones inferiores de la existencia.

Luego, y dentro del mismo entorno,

- reatizar nuestra capacidad de asombro volviendo a practicar el ejercicio correcto de nuestros sentidos, tanto los físicos como los otros;
- dejamos sorprender por la belleza de las cosas, por la nobleza y generosidad de muchos de los seres humanos; por el talante, la creatividad, el tesón de los mejores de ellos;
- volver a entusiasmarlos con las ideas, los proyectos, los sueños de quienes se sobreponen a la rutina y no se cansan de avivar su fuego interior.

Aunque los antiguos valores que constituyeron el eje de la ética del pasado no parezcan inadecuados para nuestra época, no debemos apresurarnos en destituirlos antes de estar seguros de poseer sustitutos aptos para gobernar las vicisitudes de nuestra vida, al compás del nuevo acontecer y de manera acorde a los signos de los tiempos.

Y finalmente, subsumiendo todo lo anterior, debemos

- redescubrir la tesitura de la trama de nuestro ser espiritual, ubicándola en el sitio más destacado, por sobre la urdimbre de todas aquellas que articulan los hilos de nuestro ser físico en sus múltiples vertientes.

#### IV, 2

Todo esto nos permitirá restablecer la preeminencia de la verdad del ser en el contexto de nuestra realidad interior. No hay que olvidar, sin embargo, que esta última es a menudo condicionada por las circunstancias externas que ejercen una constante presión sobre nuestras buenas

intenciones, y a las cuales no es suficiente sobreponerse individualmente. Somos parte de una sociedad, y es menester operar desde dentro de ella, si tenemos conciencia de que va en dirección diametralmente opuesta a aquella que a todas luces nos permitiría un desarrollo sano e integral. Si, como decían los antiguos habitantes de la vieja Hélade, vivir es “estar en la luz”, debemos “hacernos luz” para alumbrar al mundo que viene.

– Ante el señorío de los *-ismos*, que se empeñan en rebajar, disminuir, desvirtuar todas aquellas verdades que iluminaron el pasado de nuestra historia, debemos esforzarnos en desplazar todo aquello que nos constriñe dentro de los confines de lo utilitario y lo relativo quitándonos poco a poco hasta el aire que respiramos, y volver a apoyarnos en lo absoluto, en que la verdad esplende como faro perenne.

– Ante el avance incontrolado e unilateral de la tecnología, y en plena conciencia del extraordinario aporte que ella entrega a la sociedad actual, debemos apresurarnos en humanizarla para evitar que permanezca indiferente a los problemas éticos que de ella se suscitan.

– Ante una globalización que acentúa las desigualdades y aplasta los valores tradicionales que nos distinguen y definen, debemos aprender a refundar nuestros propios sueños y nuestros propios espacios, cuidando de que estén siempre abiertos a los de aquellos otros que con su diversidad y originalidad contribuyen a enriquecer nuestro ser.

Y podríamos continuar casi al infinito, pues son difíciles de enumerar todas aquellas verdades que producen hoy un efecto desolador y nos sumen en la desesperanza. Cada verdad particular, sin embargo, desemboca en la Verdad con mayúscula, la que aquí nos ha convocado y que nos interpela desde *el centro del ser*. Para experimentar su presencia en nuestra vida, hemos de ubicarnos en ese centro y reandar los eslabones que en conjunto constituyen la senda que lleva, en palabras de Parménides, a su inmovible corazón. Es así como llegaremos a hacer realidad la toma de conciencia de aquella gama de percepciones que, de la más simple e inmediata a la más compleja y ponderada, grafican el mapa de nuestro andar y le toman el pulso.

#### IV, 3

¿Cuáles son ellas? Intentaré visualizarlas y resumirlas:

– Primera, la percepción de mi existencia: en este instante vivo, me nuevo, pienso, actúo, en una palabra, “soy”; pronto ya no estaré, pero eso nada quitará a mí “haber sido”, aunque nadie ya lo contabilice. En tanto ha sido, seguirá siendo parte de la verdad universal, configurándola más allá del tiempo y del espacio.

– Luego, la percepción de la conciencia de esa misma existencia. Me

sé existiendo, y ese “saberme” me maravilla; el hecho de existir es motivo perenne de asombro y nacen de ese asombro las preguntas fundamentales que delinean la estructura y constituyen la columna vertebral de mi vivir.

– Le sigue la percepción del entorno que me rodea, no siempre clara y distinta; a menudo oscura e inquietante; entorno en el que ahora me reflejo como en un espejo de agua, al que otrora siento ajeno y hostil. Construir un puente entre mí y él, parece ser, en determinados momentos, la única tarea que tenga sentido y le dé un sentido a mi vida.

– En cuarto lugar, la percepción de mi ser interior, todo un mundo secreto y callado, invisible espina dorsal del espíritu, que me exige enderezar mi posición y el rumbo de mi andar. Atisbo a momentos unas señales, puntos apenas visibles que un toque leve ha dejado en mí para que pueda orientarme en la fatigosa exploración de la profundidad de mi propio misterio.

– Y finalmente, la percepción de lo superior, inasible, tan fuera del alcance de mis sentidos, aun de los más altos, que me produce vértigos. En la cumbre de la escala, allí donde ella se confunde con el espacio infinito, lo superior se yergue en toda su prestancia extendiéndose más allá de cuanto la mente y el corazón humanos pueden empinarse. No queda sino abrir en el alma un espacio de silencio, afinar la punta de los sentidos y perderse en la inmensidad de lo divino.

Siento, percibo, intuyo, sueño, creo, espero. El alma se estira para tocar lo intangible. Hoy, solo una verdad pequeña –pero ¿acaso una verdad puede ser, de veras, pequeña? Y de todos modos, grande o pequeña ¿quién soy yo para atraparla?– Mañana otra: y otra, y otra... Parece ser esta la ruta.

De repente, la irrupción de una *hierophanía*: a un recodo del camino, arde y brilla el resplandor de Aquella en que confluyen todas las otras. Y que, como dice Heráclito, “las excede y supera a todas”: *exarkeî pasi kai perigînetai*<sup>39</sup>. El corazón da un brinco. *Ecce splendor veritatis*. Es *Ella*. Mi viaje ha terminado.

<sup>39</sup> Fr.23 Marcovich/114 Diels-Kranz.